Antón Costas

¿Más Europa o mejor Europa?

En conversación de hace unas semanas, un buen amigo, funcionario europeo del más alto nivel, hizo un comentario que me dejó sorprendido. Al parecer, después del Brexit, tanto en las reuniones internas de la Comisión como con los países miembros nadie habla de que la solución al malestar y mal funcionamiento de la Unión Europea sea "más Europa". Excepto los españoles, concluyó.

Mi particular experiencia confirma este aserto. A lo largo de los últimos meses he participado en diversos debates sobre la crisis, el funcionamiento del euro y el futuro de la UE. De forma general, las propuestas que surgían en esos debates españoles eran de "más Europa".

Mi impresión es que lo que necesitamos no es más Europa sino mejor Europa. Esa mejor Europa significará que en algunos casos la solución es menos Europa. En otros se necesitará más responsabilidad europea, como en la gestión macroeconómica y en el fraude en el impuesto de sociedades.

La política europea de armonización de normativas sectoriales nacionales ha llevado a un exceso de regulación comunitaria. Esas regulaciones llegan en algunos casos a aspectos nimios o esperpénticos. En este terreno necesitamos devolver competencias a los estados. Es bueno para el dinamismo económico europeo fomentar una mayor competencia de políticas nacionales.

Otro ámbito donde el mal funcionamiento de la UE es evidente es en el del crecimiento y el empleo. Desde 1999, el año de la puesta en marcha del euro, la zona euro ha tenido peores resultados económicos en comparación con países similares, como EE.UU., Canadá, Noruega, el Reino Unido o Australia. Y el desempleo ha sido mayor. Además, a partir del 2010, la zona euro ha sido la única región económica del mundo que volvió a la recesión. Es evidente que algo no funciona bien en la gestión macroeconómica de la UE. Este mal funcionamiento no es algo temporal, sino estructural.

A ese mal funcionamiento micro y macroeconómico se une el problema del déficit democrático de las instituciones y de las políticas europeas. Así, las decisiones sobre política fiscal –un ámbito claro de soberanía nacional– han sido adoptadas por representantes de la UE que no tienen que responder políticamente ante los ciudadanos. Es comprensible la falta de legitimidad democrática que sienten los altos funcionarios europeos en este momento.

> Hay que respetar la identidad de cada Estado si no queremos que más Europa acabe siendo el final de Europa

Es necesario repensar la arquitectura institucional y política europea. Es decir, pensar el llamado trilema político europeo, que consiste en buscar una mejor armonía entre los tres vértices del triángulo europeo: lo que tiene que hacer la UE; lo que tienen que hacer los estados; y la participación de la sociedad en esas decisiones.

La idea de trilema implica que no se puede avanzar en los tres frentes a la vez. Si queremos que la economía funcione mejor, que los países puedan afrontar con mayor flexibilidad, eficacia y equidad sus problemas sociales específicos y que esas decisiones tengan mayor legitimidad democrática, eso implicará devolver competencias a los estados y dar mayor poder de decisión a la sociedad. En este terreno, menos Europa es mejor Europa.

Cuando se dice que la solución es "más Europa" normalmente se está proponiendo avanzar hacia unos Estados Unidos de Europa. Pienso que esto es una fantasía. El proyecto de una unión política de Europa no está en la agenda de los países que son decisivos en el funcionamiento de la UE, ni tampoco en la de sus ciudadanos. No hay un propósito común en este sentido. Tampoco creo que el camino sea una Europa a dos velocidades, como ocurre ahora con la zona euro y los nueve países comunitarios que no forman parte. Por lo tanto, el camino para buscar un mejor funcionamiento de Europa tiene que ser otro. Y considero que no puede ser otro que buscar una mayor coordinación de las políticas nacionales, tanto de las políticas presupuestarias como de las económicas y sociales. Cada país europeo tiene su identidad. Y hay que respetarla si no queremos que más Europa acabe siendo, paradójicamente, el final de Europa.

Devolver competencias y responsabilidades a los estados y dar un mayor poder de decisión a los ciudadanos puede hacer surgir en muchas personas el temor al proteccionismo y a los nacionalismos que poblaron Europa en los años treinta y desembocaron en la Segunda Guerra Mundial. Pero en mi opinión esos nacionalismos excluyentes tendrán más fuerza si no somos capaces de repensar mejor el funcionamiento del trilema europeo. Y para esa reflexión, la idea de más Europa no implica una mejor Europa.●

IGNOT

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

¿Qué le pasa al PDECat?

La tendencia a dispararse tiros en el pie es propia del soberanismo. Hubo un tiempo en que era práctica recurrente en ERC, donde existía una voracidad saturniana por devorar a los propios y los errores estratégicos se acumulaban. Hoy, esa incapacidad de mostrar una estrategia definida, sumada al gusto por complicarse la vida, empieza a ser la característica del nuevo partido surgido de las cenizas de Convergència.

¿Qué le pasa al PDECat? Lo tiene todo para mostrarse como un gran atractivo político: se mueve en el espacio central ideológico, posee un importante poder municipal, es el partido del actual president y está presidido por el hombre que ha liderado el proceso histórico que estamos viviendo. Es decir, tiene a Mas y a Puigdemont, y suma a gentes de la categoría de Munté, Jané u otros, además de poseer alcaldes jóvenes con ímpetu y líderes de nueva hornada como Pascal o Bonvehí, que auguran mucho futuro. Incluso gentes de viejo recorrido gozan de gran reputación y la prueba es Trias, que está más valorado que la alcaldesa. Si los activos de liderazgo son muy importantes, en el terreno ideológico tiene un gran margen, porque hoy es un espacio semipoblado: el territorio central soberanista, alejado de la derecha reaccionaria y la izquierda dogmática, y cuyos márgenes sólo topan con ERC y Comuns. Y para acabar, es un partido recién formado, cuya vieja herencia no le impide entrar con agallas en el siglo XXI. Es decir, lo tiene todo de cara para consolidarse y crecer.

> ¿Qué hacen abriendo el debate de la candidatura? ¿Qué prisa tienen por abrir un melón tan inestable?

Y, sin embargo, no acaba de afinar. Pasó con el congreso fundacional, el lío del nombre y la pelea interna por el Consell Nacional, además de no conseguir imprimir carácter en el debate político. Pero todo inicio es difícil, y más en el caso del PDECat, al que todos quieren ver arrasado, de manera que había tiempo. Pero ¿ahora? ¿Qué hacen abriendo el inútil debate de la candidatura? ¿Era necesario? ¿Qué prisa tienen para abrir un melón tan desestabilizador? Y la pregunta vale para todos, para Puigdemont, que podría ahorrarse las prisas en decir que tiene prisa; para Mas, que podría ahorrarse la prisa de decirle a Puigdemont que tiene prisa; y para Munté, que tuvo un ataque de prisa, asegurando que Mas sería un gran candidato. Por supuesto que lo sería (o lo será), y por supuesto que Puigdemont debería quedarse si no se culmina el proceso, y por supuesto que hay muchos supuestos, pero el resumen es simple: frenen un poco este ataque de prisa que los tiene sobrecogidos.

Porque lo importante ahora es consolidar su partido, alimentar su espacio ideológico y conseguir gobernar en aguas turbulentas. Sin presupuestos aún, con la ofensiva estatal y el flanco judicial, ¿qué sentido tiene hablar de sucesiones y candidaturas? Sólo sirve para alimentar las tertulias, crear desconcierto en los votantes, angustia entre los militantes y cuchufleta entre los adversarios. Mal negocio.●

Jordi Llavina

Algo maravilloso

Siempre que acudo al mercado de mi ciudad, todos los sábados de buena mañana, para abastecerme en el puesto de verduras, frutas y hortalizas de mis amigos Pere y Cristina, me acuerdo de un hermoso poema de José María Valverde, *La mañana*. En él, el poeta da cuenta del regreso de su esposa a casa, tras haber hecho la compra: "Tú me llegas / con tu cesto, cargada de milagros". Los versos refieren ese *milagro* de las provisiones para varios días: "La verdura / aún viva, sorprendida mientras duerme, / las patatas mineras y pesadas / de querencia de suelo". ¡Qué exquisita enumeración colorista!: "Y un aroma / noble de pan por todo, y su contacto / rugoso de herramienta" (*herramienta*, por cierto, es una palabra que este autor, de filiación y fidelidad marxistas, utilizaba a menudo). Un auténtico poema es el que, una vez leído, se acomoda para siempre en nuestra conciencia. ¿Cómo no iba, este, a volver a mi memoria, sábado tras sábado, cuando, ya en casa, voy colocando cada cosa en su sitio?: "Considero / la textura del vino y de la fruta, / estudio mi lección de olores".

La mañana termina de un modo muy cristiano; en verdad, inversamente eucarístico, nada marxista: "Noto / que todo se hace yo porque lo traes / a entrar en mí, y estamos en la mesa / elevados, las cosas y nosotros, / en el nombre del mundo, como pobre / desayuno de Dios, a que nos coma". Por lo tanto, es Dios quien acaba tragándose los cuerpos y el tiempo en ellos contenido, ese amasijo de carne y hueso, de conciencia palpitante, oscura sangre y años derrochados.

Recupero otro poema, en este caso de Antonio Gamoneda, *Sabor a legumbres*. Este nos representa verbalmente la *liturgia* de la cena en el seno de una familia que no tiene más que un humilde plato de legumbres que llevarse a la boca. Arranca, también, de una guisa muy descriptiva: "Las legumbres hervidas, golpeadas / a fuego en las cazuelas, espesaron / una parte del agua, retuvieron otra parte consigo". A continuación, el poeta, solidario con los de su clase, reconoce que "es posible que coman en el mundo / muchas gentes, hoy, esto". Lo que estremece es el final, nítida y luminosamente comunista: "Yo siento / en el silencio machacado / algo maravilloso: / cinco seres humanos / comprender la vida a través del mismo sabor". ¡Qué distinto del de Valverde! Y, aun así, ¡qué par de soberbios, memorables poemas!●